carcajada, descubriendo sus dientes sucios y medio destruidos por las caries, y palmoteando, gritaba:

—¡Calle!... ¡Si es Chassevent, con las cuatro patas atadas, como carnero que van á degollar!... ¡Y vaya una facha que hace echado sobre la paja de la perrera!... ¡Buena cama para lebreles! ¿eh? ¡pero no para cristianos!...

Un gruñido de lobo preso en el cepo salió de la arqueta del carruaje á través de la rejilla que le servía de respiradero, y un hombre de aspecto siniestro, mirar bizco y cabellos grises, vestido con una blusa de blanca llena de remiendos, pantalones de tela forrados por delante con badana y abarcas en los pies, dirigió al bromista secretario una mirada rabiosa y vengativa.

—¿Quieres bajar, viejo bribon?...—dijo el conde. Y abriendo la portezuela, tomó al prisionero por un brazo, y cual si fuera un fardo, sin hacer caso de los gritos que lanzaba porque los cordeles que juntaban sus codos le estrangulaban las carnes, lo colocó encima de una mesa del café-taberna.

—¡Buenos puños!...—exclamó Tondeur admirado.

—Pero ¡qué lástima que se emplee tan mal toda esa fuerza! — añadió Fleury con hipócrita dulzura. — ¡Pourtois, traiga Vd. unas tijeras para cortar estas cuerdas!... Pero, Mr. Roberto, ¿es posible que un hombre como Vd. trate así á este pobre diablo?...

Pourtois habia ya desatado á Chassevent, que, al encontrarse libre, estiró sus entumecidos miembros, se palpó los brazos, y viendo sobre la mesa un vaso de vino, lo apuró de un trago.

—¡Vamos!... Traia sed el animalito,—dijo Tondeur,—Pero, ¿qué picardía ha hecho, señor conde?

—Poner lazos en la venta de los Sargentos, por décima vez en pocos dias. No se le podia atrapar; pero yo, suponiendo que era él quien los tendia, me fui á dar un paseo por aquel sitio, despues que el guarda se retiró, y lo encontré en el momento de reconocer la barzada, que afortunadamente no tenia ninguna pieza. Aquí traigo en el bolsillo el cuerpo del delito.

Y sacó una porcion de lazos de alambre dorado, que tiró á la cara del corsario, pálido y mudo de coraje.

—Toma: ¡ahí tienes tus herramientas, tunante!... Pero ándate con ojo; contigo ya está visto que los tribunales no dan resultado; te pasas en la cárcel unos días; te dan de comer mejor que en tu casa; tu hija tiene que mandarte tabaco y vino... Eso, en vez de castigo, te sirve de premio... Nada; hoy te pasaste tres horas atado á un árbol; otra vez...

Chassevent no contestó; su rostro moreno y pálido se llenó de arruguillas, que recorrieron la piel, como la ondulacion del agua en un estanque rizado por el viento. Sin levantar la vista, dió media vuelta, y sus lábios produjeron un ténue silbido, que hizo enrojecer las mejillas del conde.

—¡Ah! ¡Canalla!... ¡Pues no se burla todavía!.. — dijo.

Y levantó la poderosa mano, que detuvo la mirada de Fleury, señalándole á Pascual, sentado en un oscuro rincon de la taberna.

—¡Mr. Roberto!... ¡Por favor!... ¡Hay delante un forastero!... ¡No haga Vd. caso!... La conducta de Chassevent es muy punible; pero el proceder de Vd. no es legal, ni mucho menos. Tomarse la justicia por su mano... no es lo que procede en estos casos; para eso están los agentes de la autoridad. No es el secretario

del juzgado el que habla... ya sabe Vd. que mi adhesion no es dudosa... Es el amigo que deplora la violencia de su carácter, que muchas veces le coloca en una posicion falsa.

—Los perjuicios que me pueda causar mi carácter, sólo á mi me importan (interrumpió el jóven con altanería). Los gendarmes del puesto se ocupan de todo menos de perseguir á los malhechores, y en cuanto á V., Fleury, es una excelente persona; pero no se meta en mis asuntos, y se lo agradeceré mucho.

—El consejo leal de un amigo, nunca debe ofender, —replicó sentencicsamente el secretario.

—¿Se va V. sin tomar un refresco siquiera, señor conde?—exclamó Pourtois, al ver que se disponia á marchar!

—Sí, muchas gracias; no quiero nada.

Y sacó del bolsillo una moneda, que echó sobre la mesa, añadiendo:

—Para el mozo que ha tenido cuidado del caballo.

Dió media vuelta, salió sin saludar, subió al carruaje, y partió al trote largo.

Apenas desapareció en medio de un torbellino de polvo, Chassevent desató la lengua, dando rienda suelta á su furor, contenido por la presencia del conde, en tremenda avalancha de insultos y amenazas.

—¡Ah, perro, ladron, gran pillo, cobarde! (aulló, dando un puñetazo sobre la mesa, que hizo saltar una cuarta las esparcidas fichas de dominó.) ¡Ya me las pagarás, ya! Por cuatro miserables conejos que te quito para comer, me atas, y me tienes como un espantajo tres horas abrasándome al sol. Pero me cogiste á traicion... que si no...

—¡Déjate de tonterías! ¡Si te echa mano, de una bofetada te hace polvo!...—interrumpió Tondeur.

—¡Dios de Dios!... Otra vez no iré como hoy, no; llevaré la escopeta, y... ¡como esa es luz, que le pego un tiro!...

—¡Vaya, vaya!... Chassevent, que no es tan fiero el leon como lo pintan; Vd. habla por hablar (interrumpió Fleury), y no dice más que majaderías.

—En mi vida le perdonaré lo que me ha hecho (dijo el corsario con acento sombrío). Cuando esto se sepa, hasta los chiquillos se burlarán de mí... ¡Ah, conde de Clairefont!... ¿Cuándo llegará la hora de ajustaros las cuentas?

Lanzó una horrible blasfemia, y mirando á Fleury con siniestra expresion, añadió:

—Sí, que Mr. Carvajan se encargue del padre..., y yo me entenderé con el hijo...

Era vergonzosa la mancomunidad repugnante establecida por Chassevent, y sólo imaginar tan odiosa alianza entre su padre y el vagabundo, hirió de tal modo á Pascual, que levantándose violento, con el rostro rojo de cólera, exclamó:

—¡Miserable!... No vuelva Vd. á pronunciar el nombre de Carvajan, si no quiere...

—¿Y por qué no he de nombrarle?—preguntó el cazador furtivo con aire á un tiempo insolente y amenazador.

—Porque es mi padre, y yo se lo prohibo...

Estas palabras produjeron un cambio radical en la actitud de los tres hombres. Pourtois se adelantó cortesmente; Fleury sacudió la ceniza del tabaco que manchaba las solapas de su grasienta levita, y se arregló la ajada corbata. Chassevent saludó, quitándose el sucio pañuelo de seda que le servia de gorra. La tabernera sonrió, mostrando su dentadura amarillenta, detrás del alto mostrador.

—¡Ah! Es Vd. hijo de Mr. Carvajan... (dijo el corsario inclinándose con respeto). Eso es otra cosa.. Mr. Carvajan; hé ahí una excelente persona... No hay cuidado de que nunca pensemos en contrariarle... En mi vida he cazado ni tan sólo un conejo en su monte de la Moncelle; pero es porque le estoy agradecido, porque es todo un caballero. Si quisiera á mi hija para criada, se la daría; sí, señor; y eso que es muy orgullosota...; pero tiene razon, porque, á la verdad, es muy bonita... Yo fuí quien anduvo de aquí para allá, buscando votos, cuando las elecciones municipales; y aquí tiene Vd. testigos que pueden decir si me alegré ó no cuando le nombraron alcalde... Y no lo digo porque me lo agradezca; Mr. Carvajan es mi amigo, le aprecio en mucho, tanto como aborrezco á esa gente del castillo, y con esto basta y sobra... Pero lo que es él, me parece que no me va á la zaga en lo que toca á querer á los aristócratas... El se encargará de enseñarles cuántas son tres y dos.

Y excitándose con el recuerdo de la pasada aventura, amenazaba con el puño en direccion á la meseta donde alzaba sus muros el castillo de Clairefont, y decia:

—¡Ah, pillo, ladronazo! Ven, ven á cogerme otra vez y atarme á un árbol como un grajo muerto puesto en la punta de un palo, para escarmentar á los otros... Déjate, que ya me las pagarás... ¡Que se me vuelva veneno lo que beba, si no me vengo!...

Y así diciendo, apuró de un trago el vaso de cerveza que Pourtois acababa de servir para Pascual.

—¡Oye tú!...—dijo el tabernero.—¡Puedes dejarnos en paz con tus historias!... Más agradable nos será escuchar á Mr. Pascual, á quien vemos con satisfaccion despues de diez años!.. ¡Y cómo han cambiado

los tiempos!—prosiguió dirigiéndose al jóven.—Cuando yo le conocí á Vd. era chiquitin, y tan delgadito como un alfeñique... ¡Quién habia de decir que semejante mozo era el rapazuelo que venia al establecimiento con su madre, aquella buena señora, que en paz descanse, tan guapa y tan buena!...

—Es verdad. ¡Cuánto ha cambiado todo!—murmuró Pascual con los ojos bajos y llenos de tristeza.—¡Ya no son los mismos hombres... ni los mismos objetos los que me rodean!

—Pues espere Vd., que aún han de cambiar más—dijo Fleury con vez seca.—Hace treinta años que la lucha entre su padre de Vd. y el marqués de Clairefont no cesa un momento... y nos acercamos al desenlace. Las gentes del castillo no tienen escape; han caido en excelentes manos; y Vd. llega en oportuna ocasion para presenciar la victoria de los nuestros. !Que sea en hora buena, Mr. Pascual!

Y el secretario tendió al jóven la diestra, semejante á una garra de buitre, por lo seca, huesuda y afilada en las puntas de los dedos; pero indudablemente Pascual no lo advirtió, porque la dejó que volviese á caer sobre el muslo de Fleury sin estrechársela. Inmóvil, pensativo, su alma estaba bien lejos del lugar donde ocurría esta escena; el recuerdo abstraia por completo su actividad. Una hermosa jóven á caballo, escoltada por un lebrel que saltaba en torno suyo, se aparecia ante sus ojos, caminando á paso lento por debajo de la verde bóveda que formaban los árboles frondosos; un desconocido se le cruzaba en el camino; la interrogaba sobre la direccion que debia seguir para llegar al pueblo, y ella, con deliciosa complacencia, se prestaba á servir de guia. En el momento de separarse, al fin de la pequeña jornada, agradeci-

do y fascinado, la preguntaba su nombre; era la señorita de Clairefont, la hija del irreconciliable enemigo de su padre. Le parecia entonces, como si una sombria tristeza oscureciese el rostro encantador de la jóven; se la imaginaba en traje de luto, con la cabeza caida sobre el pecho, y el semblante melancólico de los séres á quienes consumen hondos pesares; sola, en completo abandono, con los ojos enrojecidos por el llanto y la vista fija en el suelo.

El camino, antes frondoso, habia perdido su esplendor; los árboles, sin hojas, elevaban al cielo sus ramas escuetas, que, negras, heladas y temblorosas al impulso del viento frio del invierno, se destacaban como esqueletos sobre el fondo oscuro de un cielo sin sol.

¿Por qué estaba triste y sola? ¿Qué habia sido del anciano padre? ¿Qué del vigoroso y robusto jóven que la llamaba hermana? ¿Cómo podia formarse el vacío en torno de la admirable niña anegada en llanto? ¿Acaso el viejo Carvajan era la causa de tanta desventura?

El corazon de Pascual, oprimido por súbita angustia, latia apenas; no se explicaba aquel interés por una desconocida, á quien la víspera no hubiera mirado siquiera, si entre otras mujeres se presentara.

Cuando un Carvajan le hiriese en los séres amados, ¿él, que llevaba este nombre, no incurriria en su anatema? Sentíase atraido por una irresistible simpatía; hubiera deseado caer á sus piés, protestar de aquellas rencillas que le eran ajenas, y realizar prodigios de adhesion, para ser agradable y atraer sobre sí la dulce mirada de aquellos inolvidables ojos; formulaba tiernas frases, nacidas en su corazon, henchido por un sentimiento indefinible; dejaba de ser dueño de sí propio para rendirse subyugado, absorto, á la influencia de aquella criatura, fuera de la cual le parecia que nada bueno ni bello podia existir sobre la tierra, y con desconsuelo se reconocia, no obstante, condenado á su aversion y su desprecio... El viejo marqués de Clairefont y el atlético Roberto desaparecian de su memoria; ella sola quedaba, en representacion de todos los suyos; ella sola, amenazada, y cuya ruina acababan de predecirle con infernal alegría; ella sola, víctima propiciatoria de miserables vampiros, confederados para aniquilarla, que ya celebraban su próximo triunfo, felicitándole á él, á él, que diera media vida por tener en su mano la manera de aplastarlos, ó que por lo menos hubiese querido no presenciar la horrible hecatombe, llegar cuando estuviera consumada...

Comprendió que chocaba su actitud, y alzó la cabeza; los que le rodeaban, llenos de sorpresa, no comprendian su abstraccion desde que escuchó las triunfantes palabras de Fleury, y él, ansioso por saber al detalle lo que se tramaba contra el marqués, quiso desorientarlos; se pasó la mano por la frente como para desechar un pensamiento importuno, y exclamó, esforzándose por sonreir:

—Muchas gracias por vuestra bienvenida, amigos míos; pero permitidme deciros que, llegando de un país donde todo es grande, me parecen mezquinos vuestros intereses; acabo de recorrer los más agrestes departamentos de América; allí he visto propiedades que se miden por millones de hectáreas, donde se apacientan innumerables rebaños guardados por regimientos de pastores á caballo: vastos desiertos que atravesé solitario, y un año despues eran poblaciones magníficas, edificadas como por arte de magia: montañas donde la plata en bruto se encierra en pedrus-

cos que huella el viajero, y lagos de petróleo conteniendo líquido suficiente para alumbrar á todo Europa noche y dia por espacio de diez años; he cruzado campiñas inmensas, donde el suelo vegetal mide cinco metros de espesor, y donde las mieses crecen hasta poder ocultar un hombre en pié; en suma, presencié la rápida marcha del progreso que cambia el mundo radicalmente; y al volver, despues de diez años de ausencia, os encuentro entretenidos en las mismas intrigas, víctimas de los mismos odios, devorados por iguales deseos. Por lo visto, en Francia todo alcanzó ya el *summun* del perfeccionamiento; nada grave teneis que modificar, y os sobra tiempo. Yo, con otras costumbres, acepto vuestro convite y asistiré al juego que me ofreceis; pero estoy algo extragado y no respondo de que me divierta.

Y concluida esta perorata, Pascual se echó á reir; pero tan falsa pareció á Fleury aquella risa, que se llenó de desconfianza. Miró al hijo á quien parecia tan insignificante un asunto que tanto interesaba á su padre, y, creyéndose obligado á ponerle de relieve sus errores para que cambiase de criterio, le replicó:

—No se trata aquí de los lagos de petróleo ni de las minas de plata, ni ménos de tierras que pueden producir cosechas abundantes sin necesidad de abono; no estamos en el país de los prodigios; pero sí en Francia, donde ganar dinero cuesta mucho, y donde, por consiguiente, no deben abandonarse los buenos negocios. El Gran Margal, esa escueta colina, árida, y que tiene apenas cien hectáreas, que sólo produce brezos, sin contener plata, ni petróleo, entierra en sus entrañas muchos millones!... Explotada por el marqués, ese loco, ese inventor man ático, es un pozo donde se entierra oro y más oro, sin obtener resultados prácticos;

pero en manos de su padre de Vd. y de los que están de acuerdo con él, variará de aspecto la cuestion; entonces se convertirá en rico venero lo que hoy nada produce. Todo el país está interesadísimo en que el bosque y el castillo cambien de amo, y por muy antiguo que aquel sea, me parece que no perderá Vd. nada cuando lo habite, porque algo más vale que la casita de la calle del Mercado.

Maquinalmente, el jóven se dirigió hácia la puerta, la abrió, y el parque de Clairefont apareció á su vista. En los sotos sombrios reinaba la calma más completa; á lo lejos, el cuco, ese pájaro que nunca se deja ver, interrumpia el silencio con su melancólico canto; más allá del frondoso bosque, detrás de los blancos muros del edificio, se encontraba la mujer á quien pensaba defender, como si sus pensamientos fueran tan sólo un sueño. ¡Gran distancia le separaba de ella! Todo el ancho del valle, en cuyas pendientes las hierbas, secas, agostadas, parecian delatar los tesoros indicados por Fleury... Pero todavía era mayor y más infranqueable aquella barrera trazada por el latiguillo al cortar el aire con un silbido, cuando la señorita de Clairefont oyó el nombre de Carvajan. Aquel nombre, que sonaba en sus oidos como un funesto presagio.

—¡Hermoso parque!—murmuró Chassevent con voz aguardentosa.— ¡Y vaya un bonito edificio! Mi hija sirve en él..., y me cuenta lo que pasa dentro.

—¡Se pueden cortar dos mil pies maderables sin estropear nada!...—Añadió Tondeur.

—Todo se andará... ¿Verdad, viejo zorro?...—Dijo el formidable Pourtois.—Hacen falta traviesas para el ferro-carril; de modo que más á tiempo...

—Pues aún hay detrás del castillo veinte fanegas,

cos que huella el viajero, y lagos de petróleo conteniendo líquido suficiente para alumbrar á todo Europa noche y dia por espacio de diez años; he cruzado campiñas inmensas, donde el suelo vegetal mide cinco metros de espesor, y donde las mieses crecen hasta poder ocultar un hombre en pié; en suma, presencié la rápida marcha del progreso que cambia el mundo radicalmente; y al volver, despues de diez años de ausencia, os encuentro entretenidos en las mismas intrigas, víctimas de los mismos odios, devorados por iguales deseos. Por lo visto, en Francia todo alcanzó ya el *summun* del perfeccionamiento; nada grave teneis que modificar, y os sobra tiempo. Yo, con otras costumbres, acepto vuestro convite y asistiré al juego que me ofreceis; pero estoy algo extragado y no respondo de que me divierta.

Y concluida esta perorata, Pascual se echó á reir; pero tan falsa pareció á Fleury aquella risa, que se llenó de desconfianza. Miró al hijo á quien parecia tan insignificante un asunto que tanto interesaba á su padre, y, creyéndose obligado á ponerle de relieve sus errores para que cambiase de criterio, le replicó:

—No se trata aquí de los lagos de petróleo ni de las minas de plata, ni ménos de tierras que pueden producir cosechas abundantes sin necesidad de abono; no estamos en el país de los prodigios; pero sí en Francia, donde ganar dinero cuesta mucho, y donde, por consiguiente, no deben abandonarse los buenos negocios. El Gran Margal, esa escueta colina, árida, y que tiene apenas cien hectáreas, que sólo produce brezos, sin contener plata, ni petróleo, entierra en sus entrañas muchos millones!... Explotada por el marqués, ese loco, ese inventor man ático, es un pozo donde se entierra oro y más oro, sin obtener resultados prácticos;

pero en manos de su padre de Vd. y de los que están de acuerdo con él, variará de aspecto la cuestion; entonces se convertirá en rico venero lo que hoy nada produce. Todo el país está interesadísimo en que el bosque y el castillo cambien de amo, y por muy antiguo que aquel sea, me parece que no perderá Vd. nada cuando lo habite, porque algo más vale que la casita de la calle del Mercado.

Maquinalmente, el jóven se dirigió hácia la puerta, la abrió, y el parque de Clairefont apareció á su vista. En los sotos sombrios reinaba la calma más completa; á lo lejos, el cuco, ese pájaro que nunca se deja ver, interrumpia el silencio con su melancólico canto; más allá del frondoso bosque, detrás de los blancos muros del edificio, se encontraba la mujer á quien pensaba defender, como si sus pensamientos fueran tan sólo un sueño. ¡Gran distancia le separaba de ella! Todo el ancho del valle, en cuyas pendientes las hierbas, secas, agostadas, parecian delatar los tesoros indicados por Fleury... Pero todavía era mayor y más infranqueable aquella barrera trazada por el latiguillo al cortar el aire con un silbido, cuando la señorita de Clairefont oyó el nombre de Carvajan. Aquel nombre, que sonaba en sus oidos como un funesto presagio.

—¡Hermoso parque!—murmuró Chassevent con voz aguardentosa.— ¡Y vaya un bonito edificio! Mi hija sirve en él..., y me cuenta lo que pasa dentro.

—¡Se pueden cortar dos mil pies maderables sin estropear nada!...—Añadió Tondeur.

—Todo se andará... ¿Verdad, viejo zorro?...—Dijo el formidable Pourtois.—Hacen falta traviesas para el ferro-carril; de modo que más á tiempo...

—Pues aún hay detrás del castillo veinte fanegas,

que yo sé cómo se pueden poner en riego, y que, convertidas en prados, no darian dinero que digamos...—dijo el comerciante de maderas.

Y luego, rodeándose á la muñeca la cadenilla que tenia junto al puño de su garrote, añadió:

—¡Vaya, señores; basta de conversacion; hasta la vista! Mr. Carvajan, estoy á la disposicion de usted.

Estrechó la mano de sus amigotes, saludó gorra en mano á Pascual, y con su andar pesado y torpe, tomó en direccion á la meseta donde tenia los jornaleros.

El jóven le siguió con la vista; quizás atravesando el bosque, acaso en algun camino del parque, el viejo Tondeur, indiferente, conseguiría, sin pedirlo, lo que él deseaba con ansia: ver á la encantadora amazona... Despues cambió el rumbo de sus ideas; con inquietud comprendia hasta qué punto estaban rodeados de enemigos los habitantes de Clairefont. Poco hacia que Fleury hablaba familiarmente con el hijo del conde; Tondeur, en relaciones comerciales con el padre, circulaba libremente por aquellas propiedades, contando las vetustas hayas y los robustos pinos, que le parecian parte del botin á repartir en breve; hasta el miserable Chassevent tenia á su hija al servicio de los séres á quienes espiaba en cambio del pan que le daban, en beneficio de la negra banda de enemigos, cuyo jefe era Carvajan. Cada uno de estos detalles venia á ser como un muelle del enorme cepo preparado para aniquilar á los descuidados moradores del castillo, y Pascual los descubria con inquieta mirada, pensando cuán formidable era el plan, y cuán presto debia tocar á su término. Ansioso por saberlo todo, se volvió hácia Fleury, que hablaba con la tabernera, sacó una petaca de plata, la abrió, y ofreció tabaco al secretario.

—Bien se conoce que viene Vd. de América—dijo mirando los habanos con admiracion; y eligió uno, le mordió groseramente con sus negros dientes, y lo encendió, lanzando enormes bocanadas de humo.—Si vuelve Vd. á Neuville, iremos juntos—añadió.

—Con mucho gusto—replicó Pascual.

El colosal Pourtois les acompañó hasta la puerta; salieron, y ya en el camino, el jóven dirigió una última mirada al castillo, donde le parecia ver á la encantadora amazona, se apoyó con abandono en el brazo de Fleury, y dijo:

—Ahora que estamos solos, hablemos de Clairefont.

—¡Ah! ¡El marqués!... Se hunde por momentos; hoy por hoy le falta bien poco para caer del todo, y no ha de tardar mucho en sucederle, porque yo no sé ni cómo puede sostenerse. Está loco: hace veinticinco años que trabaja para arruinarse, mucho más que otros para enriquecerse. Mientras sólo le dió la locura por hacer arados de doble vertedera automática que no servian para labrar y trilladoras mecánicas que hacian papilla el trigo, todo fué bien; pero, amigo, un dia se le puso en la cabeza fabricar cal hidráulica, y comenzó á hacer cal por todas partes: montó un horno, hipotecó todos sus bienes para atender á los gastos de su empresa, y más le hubiera valido tirarse de cabeza en el pozo más hondo del Gran Margal, que tiene ciento veinte metros... ¡El bueno del hombre entiende tanto de ese negocio, como yo de decir misa!... Le hacia falta una persona que fuera casi diablo para salir adelante... y esa persona tenia interés en que se hundiese...

Fleury guiñó un ojo, y produciendo con la lengua un chasquido, prosiguió:

—Su padre de Vd. es hombre á quien no es fácil re-

sistir: más vale ponerse mal con el demonio que con él, y el marqués, que á estas fechas sabe esto mejor que yo, debe lamentarse bien amargamente por haber causado en otro tiempo ciertos sinsabores á Juan Carvajan.

Pascual interrogó á Fleury con la vista:

—¡Oh! Vd. no habia nacido todavía—prosiguió el secretario.—Es esa historia muy antigua... Pero su padre de Vd. entiende como nadie la regla de interés compuesto... y con él ninguno se escapa sin pagar...

—Pero si el negocio es malo, ¿á qué tanto interés en apoderarse de él?

—Porque, bien explotado, seria excelente: la cal esta puede rivalizar con las mejores que se producen en Bélgica; es muy superior á la de Senonches. Toda la colina que va desde Clairefont á Lisors contiene yacimientos de admirable riqueza. Hay allí millones enterrados; lo que falta es quien los sepa desenterrar.

Obtenido permiso para explotar los terrenos comunes del pueblo mediante una retribucion módica, dentro de cien años habrá aún marga tan abundante, que seguirá siendo buen negocio. Es la fortuna más brillante que se puede imaginar para los que formen parte de la sociedad que Mr. Carvajan dirigirá: sí, una fortuna tan segura como rápida en formarse.

Los ojos bizcos de Fleury brillaban de codicia, y al pronunciar las últimas palabras extendió los brazos como para coger las riquezas que veia en lontananza.

—Esa es la ruina del marqués—dijo Pascual.

—Completa—replicó el secretario.—Ha tenido ya que abandonar la explotacion. ¡Tiene empeñado cuanto posee, y de un momento á otro se le viene encima un embargo por una deuda enorme contraída con varias personas á quienes hizo figurar como prestamistas su padre de Vd!... El vencimiento está al caer, y el viejo aristócrata sin un franco ni de donde le venga.

—¿Pero no tiene persona que le aconseje, que le ayude con su actividad ó su dinero?

—¡Ca!... Su hijo, que es quien pudiera ayudarle ya le ha visto Vd. hace poco tratando á los hombres como á perros; si él no tiene juicio para dirigirse á sí mismo, ¿cómo ha de dirigir á otros? ¡Si se tratara de cazar, ó manejar un caballo resabiado, ó perseguir muchachas!... Pero no le pida Vd. que se ocupe en otras cosas; se moriría de un ataque si no viviera al aire libre!... Y es el único hombre que hay en la casa; porque no cuento al baron de Croix-Mesnil, que viene sólo de cuando en cuando para hacer la córte á la señorita Antonieta.

Al oir esto, Pascual se paró, como si viera abrirse un abismo á sus piés: estaba pálido y balbuceó con voz ahogada:

—¡Será su novio ese caballero!...

—Sí: es un buen muchacho; sub-teniente de dragones: sirve en el regimiento que está de guarnicion en Evreux, y hace cuatro años que anda detrás de la niña, sin aburrirse mucho por lo visto; pero eso durará hasta que tome las de Villadiego, cuando vea que se arruina del todo el futuro suegro.

Pascual se sintió reanimado; una horrible esperanza surgió en su corazon, al pensar que Antonieta podia ser abandonada por su pretendiente; vió que su interés y el de su padre se ponian de acuerdo; todo debia esperarlo de la ruina del marqués, y ésta era inminente, estando empeñado en ella el inexorable Carvajan. Antonieta, pobre, mísera, se le hacia accesible. Pero tales bastardas ideas no arraigaron en el

alma de Pascual, noble y generoso de suyo. En breve se repuso, y se dijo:

—¿Soy un infame como este que va conmigo, y que tan friamente calcula los detalles de la desventura de toda una familia? Empujado por mi amor, ¿vendré yo á formar parte de su tenebroso complot? ¿Puede ganarse tan noble mujer á fuerza de infamias?

Levantó la cabeza, hirió el suelo con el pié, y con el corazon henchido por una audaz pero grande esperanza, se contestó á sí mismo:

—¡No, la ganaré á fuerza de adhesion!...

II

El hombre á quien tan encarnizadamente odiaba Juan Carvajan, era un anciano, cuya frente surcaban multitud de arrugas, de cabellos blancos como la nieve, encorvado bajo el peso de los años, y de andar torpe y vacilante; en otro tiempo le llamaban Clairefont *el Hermoso*, y el origen de la enemistad entre él y el padre de Pascual, germinó de resultas de cierta aventura amorosa.

Cuando nació el marqués, el año 1816, la Restauracion estaba en su apogeo: su padre, rico por parte de su esposa, encantadora inglesa con quien casó en el destierro, recuperó el castillo solariego, y formó un patrimonio, que le producia una renta de más de trescientos mil francos. Estaba en gracia del rey Luis XVIII, á quien hizo diaria partida de *whist* por espacio de un cuarto de siglo, desde Coblentz á Verona, y desde Hartwil hasta París, y siguiendo en todas sus fases la suerte del rey proscrito, fué nombrado gentil hombre de cámara y comendador de la Orden de San Luis; muchos partidarios de la monarquía ofrecieron sus cuerpos á la metralla de los cañones